



Imagen cortesía del Museo Amparo. Fotografía: Carlos Varillas.

## Mario Pani: malandrín

### Mario Pani. Arquitectura en Proceso Exposición en el Museo Amparo, Puebla

Del 24 de septiembre de 2016 al 9 de enero de 2017

Elisa Drago Quaglia

En la conferencia inaugural para la exposición de la labor del arquitecto Mario Pani en el museo Amparo de la Ciudad de Puebla de los Ángeles –exposición que ya había sido presentada en el museo Marco de Monterrey del 21 de marzo al 27 de julio de 2014–, Pablo Landa aclaró que su discurso partía de la premisa de que el arquitecto Pani era un malandrín. Se refería a la lectura que sostiene dicha exposición, fruto de la investigación, con una visión desde las ciencias sociales, de la obra de Mario Pani, con la cual Landa obtuvo el grado de doctor. La narrativa nació como un estudio desde la antropología para tratar de entender lo que significa vivir en uno de los multifamiliares más emblemáticos, polémicos y complicados de Mario Pani: Tlatelolco. A 50 años de su diseño, se han transformado sus sitios, a lo cual se aúna el modo en que la gente que los habita se ha apoderado de ellos, además de los dramas sociales, desde el 2 de octubre de 1968 hasta los terremotos de 1985, todo lo cual acabó por construir un imaginario en torno a Tlatelolco que reclama su estudio y comprensión.

Empero, esta propuesta, que pretendía alejarse de las lecturas desde la historia y del heroísmo arquitectónico, culminó por ser una de las mejores muestras retrospectivas del arquitecto, y –sin querer serlo– ofrece una probadita del impacto dentro de la arquitectura y el urbanismo en México de la obra de Mario Pani Darqui. La idea que se ha gestado, desde las últimas décadas, en la memoria colectiva de

los arquitectos que se dedican a incursionar en los ámbitos de la historiografía no ha sido muy positiva. Digamos que al recuerdo de Mario Pani no le ha ido muy bien en los últimos treinta años. Muchas de sus prácticas políticas monopólicas en la arquitectura, declaraciones de sus enemigos y detractores, antipatías y cierto hartazgo hacia la figura de un héroe, se encargaron de desinflarlo después del terremoto de 1985. Quienes estudiamos en la Facultad de Arquitectura de la UNAM durante la década de los noventa, aún después de su fallecimiento, respirábamos un aire denso cuando alguien evocaba su nombre. Me parece recordar a más de un profesor bajar la mirada ante su remembranza. Además, después de un ciclo desafortunado de gran parte de su fondo documental, que estuvo dando tumbos y vueltas por la facultad, donde nadie supo, nadie sabe, se dañó y perdió buena parte de sus planos y proyectos, hasta que llegó al Archivo de Arquitectos Mexicanos, donde se resguarda y se cataloga con la atención requerida. De él proceden un número importante de documentos originales que complementan la narración de la muestra.

Mediante un recorrido visual, sensorial y tridimensional, la exposición lleva de la mano a recorrer los orígenes y la formación profesional del joven Mario Pani en París; su llegada a México y su inmediata inserción, con ayuda de su tío Alberto J. Pani, en el alto mundo de la construcción de una nación, a finales de la década de los años treinta. Inmediatamente, el joven arquitecto se encontró dentro de un programa de construcción nacional donde el resto del gremio, poco nutrido, trabajaba para los gobiernos en turno dentro de los planes masivos de edificación de equipamiento educacional y de salubridad, principalmente, y de vivienda colectiva. Este último rubro es la razón principal y el objeto del estudio realizado por Pablo Landa, sobre el cual hará guiños constantes a lo largo de la muestra. Todo ello se complementa, además, con pinceladas de su obra privada. En la década de los años treinta, de un plumazo y ante el desconcierto de los



Imágenes cortesía del Museo Amparo. Fotografías: Carlos Varillas.



Imagen cortesía del Museo Amparo. Fotografías: Carlos Varillas.

connacionales, se insertó Mario Pani en el estrecho mundo del gremio constructor con importantes cargos, no sin generar disputas, molestias, detractores y cierta oposición entre sus colegas que se vieron afectados, si no es que destituidos de cargos y obras. Esta condición de rencor lo acompañaría hasta el final de sus días, y más allá, ya que aún no se ha logrado terminar de dibujar al personaje completo, aunque la exposición es un buen comienzo.

Mario Pani fue un estadista hábil en el diseño, sus trabajos escolares así lo demuestran; moderno en ciertos aspectos, sin embargo, permaneció ligado a las enseñanzas de la escuela francesa en la École des Beaux-Arts, como lo delata el diseño de los jardines del complejo habitacional Tlatelolco, por ejemplo. Tuvo aciertos importantes al introducir las nuevas ideas de arquitectura que se estaban gestando y produciendo en el mundo. Su labor como editor y promotor de su revista le permitió tener material, imágenes e información de vanguardia. El enorme poder que adquirió con la publicación *Arquitectura México* ensombreció a cualquier contrincante por décadas. Fue la revista más importante y longeva sobre arquitectura y urbanismo del país. Pani, además, se forjó como un personaje clave que creó, en torno a sí, una red de aliados, amigos y seguidores que ocuparon por varias décadas el control de la edificación de México. Cientos de proyectos de envergadura nacional lo demuestran. Los arquitectos que no formaron parte de ninguno de los dos bandos, los que estaban con él o en contra de él, se cuidaban de no contrariarlo, so castigo perenne del olvido y del destierro arquitectónico del país. Eso cuentan quienes lo recuerdan. Y eso se nos transmitió a las generaciones que ya no lo conocimos más que de pláticas y anécdotas: en torno a él se tejó una especie de veneración resentida. Con este espíritu prejuicioso fue como construí la imagen de Mario Pani, el gandaya según las palabras de Carlos González Lobo, o el malandrín, versión más edulcorada de Pablo Landa.

Sin embargo, ahora, con otros ojos y otra madurez comencé a recorrer los procesos de diseño al transitar por los distintos tiempos y etapas de la muestra. Pablo Landa fue capaz de restituirle a la figura complejísima y polémica del personaje una dimensión distinta. Algunos detractores ingresamos con recelo, más por ignorancia y prejuicio que por conocimiento; personalmente aprendí a encontrarle el chiste, el gusto y una chispa “pequeña aún” de cierta admiración, cosa que agradezco. Debido a estos

Imágenes cortesía del Museo Amparo. Fotografías: Carlos Varillas.

aciertos, aquéllos que sí conocen profundamente la obra de Pani estaban más que fascinados y esponjados, con justa razón, ya que la museografía es impecable.

Entre estos dos polos de antipatía y simpatía por Pani –tal vez yo era la única difidente del primero–, se encontraban todos los demás. Grupos de estudiantes ávidos y hambrientos de cualquier cosa que sea arquitectura recorrían y fotografiaban las excelentes maquetas elaboradas por los alumnos del Tecnológico de Monterrey. La idea de un grupo de ellos de “sacar” de la envolvente el interior de un departamento tipo fue perfecta: nadie que pasara junto a estas maquetas permaneció indiferente. La vista se posaba, luego, en los planos y dibujos que apoyaban el material tridimensional como para buscar confirmación bidimensional y proyectual. Aquí, los arquitectos profesionales contemplaban emocionados y explicaban a sus acompañantes aquello que estaba plasmado en tinta y papel, en un perfecto montaje que no compite entre sí.

El acompañamiento del muy bien seleccionado material gráfico, hemerográfico y bibliográfico orquestaba claramente la doble labor de diseñar, construir y promocionarse del arquitecto. Mario Pani también se construyó a sí mismo. Ignoramos si fue sabedor de que lo más valioso de su legado futuro sería la recopilación edificatoria en su revista de un grupo importante, mas no de todos, los arquitectos de un largo periodo de la historia nacional. Sus amigos y simpatizantes sí están ahí, entre sus páginas. Los otros, no. Y el peso de ser borrado, al no ser incluido en los anales, también cuenta otra historia paralela que invita a la reflexión.

El maridaje del montaje lo complementan los cortos, videos y fotografías de Mario Pani, estratégicamente colocados en cada sección de la muestra para cerrar un ciclo narrativo y abrir con otro. El broche de oro, finalmente, lo constituye la inquietud inicial de la investigación de Pablo Landa: qué significa en la actualidad habitar en aquellos sitios imaginados, proyectados y edificados como ideales, respuestas posibles a una modernidad que no acabaría nunca de cuajar. El drama y la comedia, la transformación y la adopción,



la personalización ante un esquema idéntico, nos lleva a explorar y cuestionar la labor de un grupo de arquitectos ante su propio momento histórico y volver la mirada hacia atrás para aprender de los errores, sí, pero también de los aciertos. Por lo cual esta muestra es, por mucho, un gran acierto.

En fin, una felicitación a Pablo Landa y la curaduría de la exposición que hicieron que al-

guien como yo, que no le gustan ni las muestras ni los museos, y que además nunca fue fanática de Mario Pani, apreciara, entendiera y comenzara un proceso de pacificación hacia su memoria. Ése es el gran logro de esta muestra, la cual vuelve a poner una mirada en la época y permite formar visiones más equilibradas de la historia de la arquitectura en nuestro país.